

DIOS EXCLUIDO DEL SER, DE JEAN-LUC MARION

POR

THOMAS MOLNAR

En una época en que numerosas disciplinas en plena renovación, desde la física nuclear a la politogenia, reafirman la necesidad de la trascendencia como postulado tanto del saber como de la sociedad civil, la teología —una cierta teología— se pone a hablar en un lenguaje extraño, de todo punto ambiguo desde el punto de vista religioso. Este lenguaje —locuaz, verborrérico, que acumula las palabras a gusto de cada uno como en la obra de Ionesco— se convierte en un instrumento al servicio de la separación de Dios y del *ser*, designio heideggeriano que persiguen numerosos pensadores sin darse cuenta quizá de marchar a remolque de una moda pasajera.

La obra de Jean-Luc Marion (*Communio*/Fayard, 1982), pomposa y pretenciosa, ofrece una verdadera orgía logomáquica; buscando aparentemente el simplificar nuestra relación con la divinidad, el autor nos lanza en un mar de especulaciones que disuelven los últimos elementos de comprensión que durante siglos realizó el esfuerzo teológico. En un plano más vulgar, la empresa de Marion me recuerda un debate, hace ya veinte años, con el «teólogo del capitalismo», Michael Novak, intelectual americano. Por entonces Novak estaba en el otro extremo, no se había convertido en reaganista, y flirteaba con «la muerte de Dios». Declaró entonces en la revista mariteniana de Nueva York *Commonweal*, que «Dios» no era ya un término utilizable de tanto haber abusado de él a lo largo de los siglos. Muy modestamente, no propuso otro.

Mi respuesta fue que también otros términos como honestidad, verdad, moral, etc., han conocido no pocas tentativas de

distorsión, por más que sus autores sabían muy bien de qué se trataba. Aconsejé conservar a «Dios» todavía algún tiempo. Y, en efecto, la palabra y la cosa (si puede así hablarse) no han sido nunca condenadas a muerte.

En otro plano, sin duda, Marion adopta la postura de Novak, y va más lejos, incluso hasta lo grotesco. A partir de la página 72 de su libro encarga al tipógrafo de distinguir entre Dios y «Dios» entre comillas, y a continuación de colocar una X de tachadura sobre este término, tantas veces atacado, con el fin de expresar su abolición. Las páginas del libro incorporan así un aspecto ridículo e incómodo para su lectura, ya que, permaneciendo Dios como objeto general, se nos suministra en cada página tres: Dios, «Dios» y DiXos (tachado por una X gruesa y grosera). La claridad del discurso, si claridad existe, no resulta mejor servida que el propio Dios...

¿Por qué esta acrobacia? Ante todo, se trata de significarse como epígono de Heidegger, gran prestidigitador de palabras, que gusta separar de su contexto, descomponer en sílabas, hacer su recorrido etimológico (a menudo fantástico), privarlas de prefijo o de sufijo, pasarlas, en fin, por su laboratorio de alquimista verbal. Jean-Luc Marion también trata de imponer, no a la lengua de Hegel, sino a la de Descartes, los mismos juegos de palabras y retruécanos. Así: «Tachar (raturer) DiXeu indica que DiXeu tacha nuestro pensamiento, puesto que lo satura» —imagen inventada sólo para que rime, porque la idea nada significa—. Pero las páginas están de esto saturadas.

El contenido de la obra, bajo el fárrago de las palabras, es la demostración (heideggeriana) de que el Dios objeto de nuestra oración, etc., pelagra convertirse en ídolo —Hegel diría cosificar-se— porque «el ídolo consigna y conserva en su material la luz en que una mirada se cuaja» (pág. 24). No sólo la mirada, sino, sobre todo, el concepto: conceptualizar a Dios, llamarlo «Dios», es hacer de él un ídolo —lo que anula sin más la empresa teológica, y no menos la simple fe del carbonero—. Este, en efecto, no es sino un ser humano, cosa que olvidan nuestros juglares terminológicos. Para expresar cualquier cosa, desde la blasfemia hasta

la unión mística, desde regañar a un niño hasta pronunciar el Sermón de la Montaña, nos servimos necesariamente de palabras, de conceptos, de representaciones, de definiciones. Pero desde que Nietzsche desvalorizó los conceptos (salvo el de «desvalorización de los conceptos») considerándolos como simples útiles al servicio de nuestros bajos y egoístas intereses, sobre todo fisiológicos (1), se instaló en el ambiente germánico un verdadero *auto de fe* de las palabras, que se queman sobre hogueras cuyas llamas alimentan los filósofos.

El lector recordará que en un artículo sobre los heideggerianos hice mención del designio que constituía el núcleo del sistema: la separación de Dios respecto del ser, y, coincidentemente, la separación del Antiguo Testamento respecto de la filosofía griega. El objetivo de la empresa consiste en desacreditar la obra cristiana que, según estos críticos, estriba en una síntesis entre Platón y Moisés —lo que es falso, porque el cristianismo trasciende no solo la religión mosaica, sino también la aportación helénica—. Pero esto es ya otra cuestión.

Baste notar aquí que a los ojos de Heidegger y de sus discípulos, Dios es aquél «ante el cual David se puso a cantar y a danzar», no la idea pura de Platón. Esto ha sido siempre evidente, porque Dios para el cristiano es *Cristo encarnado y resucitado*, cosa que escandalizó tanto a los judíos como a los griegos, mientras que éstos tenían el mayor respeto por la doctrina platónica. Pero lo importante para Marion es mostrar que el hombre es incapaz de llegar a Dios a través de su inteligencia. Cita para ello a Nietzsche: «Un Dios que deja, ante todo, demostrar su existencia es, en definitiva, un Dios muy poco divino, y esa demostración desemboca en una blasfemia». Tras esto, Marion reitera el decreto heideggeriano: «(Es necesario) pensar a Dios sin ninguna condición, ni siquiera la del Ser, es decir, pensar a Dios sin tratar de inscribirlo o describirlo como algo que es» (pág. 70).

El libro consta de 287 páginas, pero a partir del primer cuarto los datos están a la vista, la tesis presentada. Presentación inú-

(1) Ver mi obra *El Dios inmanente*, cap. 3.º, Ed. du Cedre, 1982.

tilmente tediosa y pedante, pero se trata de la distinción, tan cara al autor, entre el ídolo y el icono, el uno bloqueando —nos dice— la mirada; el otro «permitiendo a la mirada del hombre perderse en la mirada invisible que visiblemente le contempla» (pág. 32).

No se entiende demasiado bien el lugar de este ensayo sobre el icono y el ídolo —ensayo tomado de otra obra, de la que es objeto principal— dentro de la tesis más amplia de la separación entre el *ser* y Dios. Esta tesis es, por supuesto, tan vieja que remonta hasta el Dionisio Areopagita, hasta la *via negativa*, y así hasta el «Dios divino» de Heidegger. Dios es a tal punto inaccesible que los conceptos humanos no son sólo inadecuados para hablar de él, sino que su mismo empleo es ya un desprecio, y la operación de representar a Dios un intento de sujetarlo.

Acabamos de ver que se trata de una posición absurda porque el hombre habla y conceptualiza. Es también una posición falsa, porque el lenguaje no es una convención, un engendro humano —como pretenden Nietzsche y, en general, los nominalistas— sino una creación divina que, al modo de la inteligencia e inseparablemente de ella, se orienta a decir la verdad. En fin, la conceptualización desemboca en el *ser*, y cuando afirmamos que *Dios es*, no inventamos nada arbitrariamente, sino que reconocemos un lazo necesario, indestructible.

¿Qué piensa de ello Jean-Luc Marion? Como acabamos de ver (pág. 70), recomienda con Heidegger no pensar en Dios como algo *que es*. Porque, añade cuatro páginas más tarde, «si Dios no es porque no tiene que ser, sino que ama (*sic*), entonces ninguna condición puede restringir sobre él la iniciativa, la amplitud, el éxtasis» (pág. 74). Es inútil señalar que la teología resulta pulverizada en este discurso. Por lo demás, Marion lo dice claramente: «La teología no conduce a "Dios", conduce al *Faktum* de la fe en el Crucificado, hecho que sólo la fe recibe y concibe. No conquista su carácter científico más que refiriéndose al hecho positivo de la fe, es decir, a la relación del creyente con el Crucificado... La teología, afirmaba Heidegger, permanece una ciencia óptica con igual título que la química» (pág. 98). Y más bre-

vemente: «La teología no puede acceder a su *status* auténticamente *teológico* más que librándose de toda *teología*» (pág. 197).

* * *

La obra de J. L. Marion podría tener alguna justificación si tras el desmantelamiento de la teología, es decir, del discurso racional sobre la divinidad, cambiase el autor de tono y emprendiera una profundización mística, o bien se pusiera «a cantar y a danzar delante de Dios». Sin duda los más grandes místicos no han contradicho en absoluto lo que una razón prudente propone como elementos para el conocimiento de Dios; sin embargo, el misticismo es un registro que merece la misma atención con que se estudian los otros acercamientos a Dios. Pero esto no parece el objetivo del autor: la segunda mitad de su obra se pierde en especulaciones al menos tan extrañas al Dios «ante el que David canta y danza», como cualquier teología escolástica.

La teología es para él —lo hemos visto— una *logía* que se esfuma ante el *teos*; no obstante lo cual, el autor no sigue su propio programa, no habla apenas de Dios sino sólo de otra *logía* palabarrera y abstracta cuanto cabe. Debemos así concluir que el objetivo del libro no es el de aislar a la divinidad pura de sedimentos antropomórficos, sino el de proponer una empresa en la cual se aparta a Dios a la vez del *ser* (de la ontología) y del mal (dimensión moral). «No puede morir, escribe Marion hablando de la «muerte de Dios», más que el Dios moral, porque sólo él brota de la lógica del valor (pág. 46). Y cita a Kant postulando un «Dios útil para nosotros en tanto que ser moral». (*La religión dentro de los límites de la razón pura*).

La verbosidad y el despliegue de una erudición sobre todo pedante, no pueden disimular que se trata de un esfuerzo teológico (menos *teológico* de lo que cabe pensar) para escamotear a Dios bajo pretexto de descubrir al fin, tras de milenios idolátricos, los milenios cristianos.